



Carlos del Pozo

oración, en un cántico, la arcilla sonora parece devolver al Creador el soplo divino.

Juegan en su tono y su timbre toda la cuerda y el viento instrumentales. Juega en su modulación y su ritmo toda la plástica, de la arquitectura de la piedra a la del aroma, o, si se quiere, toda articulación y toda exhalación imaginables. Esa voz oscura y dolorosa de terciopelo, exhalada en la noche de amor, es ya igual que un perfume. Esa otra voz, articulada en la cátedra de la Sorbona, tiene la belleza, el orden, la medida, el ornato, el claroscuro, el secreto de íntima armonía, la planta y el realce de Notre-Dame.

Pero mejor veis el carácter y hasta el destino humanos. Oía, cinco años atrás, una voz que fascinaba y dominaba, irresistible aún en apariencia. Pero ya se imitaba a sí misma, se enmascaraba de su propio pasado, descubría la íntima rotura. El fracaso fué inevitable.

Oíd a otro caballero. En su voz, estratos numerosos se han superpuesto, y aun se ve lo que queda y aflora de un lejano cerco nativo y de una educación primera, y a la vez lo que han añadido otros países, otras formas sociales, la profesión, el matrimonio, la pasión política. De una mujer, a la que amó hace muchos años, le ha quedado la manera de pronunciar una sola palabra—aquella palabra tan banal—, y en la que, sin embargo, encerraron los dos el secreto de tanta ternura.

En París, un jesuita francés, cuya ascendencia noble yo ignoraba, me abrió una vez la puerta de su celda, pobre en extremo. A su primer palabra de saludo vi, detrás de su acento—y detrás de sus claros ojos grises—, los altos Gobeli-

nos hasta el techo, la chimenea señorial y las curvas de oro deslustrado de la sillería Luis XIV.

La memoria, como un árbol viejo, con los años, se puebla de inolvidables voces. Recuerdo de la montaña de Burgos, en la posada de Barbadillo de Herreros, la frescura de aquella voz de plata de la blanca niña. Con la música de aquella voz suelo leer—oír—el Romancero.

Adónde están, risa de Mío Cid, amenaza vibrante de Cienros, timbre frío, cortesano y gentil de Juan de Austria, que en la hora suprema toma el temple de una espada teológica? Con el guantelete de acero levanta don Juan un pequeño crucifijo de oro sobre la flota en desorden. Y dice, con un tono impenetrable y estricto de consigna de guerra: «Cristo es nuestro Capitán General.» Falta un minuto para abrir el fuego de Lepanto.

Oíd ahora en las pláticas de Alba de Tormes esta dorada y redonda voz de contralto, cálida y dulce como ninguna otra en los afectos, un poco toledana y principal en los alegatos, cándida, candente, transverberada en el deliquio, enérgica en las veras—con sus intervalos misericordiosos—; pero incomparable de gracia en la burla y viva como la fuente al sol cuando ríe, con un reír de enamorada. Diríais Beatriz en el Paraíso. Adquiere su habla particular encanto—tarde fina de niebla en campo de Avila—cuando, como sucede muchos inviernos, está algo resfriada la Madre Fundadora.

La otra, más antigua, era una voz de plata y aurora, virginal y casi infantil, ora delgada de imperiosa, como la corporal figura; ora transida por el dejo melancólico de Siena—el dejo de los «stornelli» de amor en la noche de mayo—y las «ces» aspiradas y anhelantes, como «haches» arábicas, a la manera popular del barrio de los tintoreros. ¡Qué angélica delicia en el amor divino! ¡Qué desmayo, qué arrullo de Cantar de Cantares! Pero luego, devuelta a lo doméstico y vulgar, ¡qué leve y agudo descaro de niña de la calle, que ha reñido en patios de ropa tendida—así reñirá un día al mundo—y ha cantado a gritos «Los tres tambores» en Fontebranda! Frisa en los treinta años y dicta un libro porque apenas sabe leer. En su garganta, el árbol de su sangre de fuego se hace cristal, coral de los abismos, poblado de trinos celestiales. Dicta a Italia y al mundo, como cantando en sueños: «La perla de la justicia está en el corazón de la misericordia».

No concibáis la historia como un cifrario mudo, sino como una creación sonora. Nuestro emperador va a tomar al asalto la Goleta. Se le desbandan tropas de cuatro naciones bajo el fuego enemigo y a un paso está de la derrota. Solamente los españoles reharán las filas, a despecho de la metralla. La voz cesárea clama en cuatro lenguas. Hiende las haces en desorden como un rayo la nube. «¡Ah!—grita en castellano—. ¡Mis valientes, mis leones de España!» Las compañías de Castilla y Aragón, turbadas entre la humareda, se vuelven cuadriláteros de picas y escudos, de arcabuces, de culebrinas, de ballestas, de escalas, y avanzan a la muerte y la victoria. Ya grita un pardillo de Toledo coronando la almena: «¡Arriba, muchachos, que esto no es sino corral de vacas!» En este punto, la lengua castellana—la que mejor sonó cara al sol y cara al enemigo—, para siempre, ha ganado el corazón del César. Y también la Goleta se ha ganado.

Pero un poder nuevo se levanta setenta años después. Es una voz política. Enrique de Navarra habla, en París, al Parlamento. Parece la misma voz ronca y militar de Arqués o de Ivry y aun la misma voz llana del juego de pelota y el jarro de vino. Pero trae secretos de más alto nivel. El rey, echándose la mano dura y abierta al corazón, deja caer de un hom-

(Continúa en la página 89)